

ACTUAL



# FRANCESC DE CARRERAS

# PACIENCIA

# E INDEPENDENCIA

La agenda oculta del nacionalismo



*Ariel*

ACTUAL



# **PACIENCIA E INDEPENDENCIA**

La agenda oculta  
del nacionalismo

**Francesc de Carreras**

*Ariel*

1.ª edición: abril de 2014

© 2014: Francesc de Carreras  
Derechos exclusivos de edición  
reservados para España:

© 2014: Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona  
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta S. A.  
[www.ariel.es](http://www.ariel.es)

[www.espacioculturalyacademico.com](http://www.espacioculturalyacademico.com)

ISBN 978-84-344-1740-3  
Depósito legal: B. 5.004– 2014

Impreso y encuadernado en España por Liberdúplex

El papel utilizado para la impresión de este libro  
es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

## ÍNDICE

|  |     |
|--|-----|
| Prólogo . . . . .  | 9   |
| Tiempos de paciencia (1980-2003): el pujolismo . . . . .                       | 15  |
| Tiempos de impaciencia (2004-2010): el tripartito . . . . .                    | 117 |
| Tiempo de independencia (2011-2014): el llamado derecho<br>a decidir . . . . . | 227 |
| Índice onomástico . . . . .  | 285 |

## **TIEMPOS DE PACIENCIA (1980-2003): EL PUJOLISMO**

El pujolismo duró 23 años: es mucho tiempo. En este decisivo período se sentaron las bases de la Cataluña actual. El pujolismo se planteó al principio como un nacionalismo pragmático que, al paso de los años, fue evolucionando hacia lo que realmente era ya desde el principio: una ideología fundamentalista dispuesta a remodelar una sociedad. La clave de su éxito radicó en el liderazgo indiscutible de un político excepcional como Jordi Pujol, la ocupación de un amplio espacio central de la sociedad catalana aglutinado en torno a un catalanismo transversal, y la casi inexistencia de oposición política, social y cultural debida al acomplejamiento de la izquierda que había sido hegemónica en el período de la transición.

La utilización partidista de las instituciones, la política cultural y lingüística, los medios de comunicación públicos y privados como potente foco ideológico y la manipulación política del lenguaje y de la historia, fueron los elementos clave de la «construcción nacional» llevada a cabo en todo este período. El espíritu de la Barcelona olímpica, que hubiera podido ser un modelo alternativo, no tuvo continuidad en los años siguientes, y el pujolismo, a partir de entonces, recobró nuevos bríos.

Sólo al final del período, ya en la segunda mitad de los noventa, empieza una cierta contestación nacida en el ámbito de la sociedad y de un determinado mundo cultural.

Pero políticamente estos nuevos vientos de cambio fueron desaprovechados por los socialistas al pactar en el año 2000 con ERC una reforma estatutaria que les ha convertido hasta hoy en prisioneros de las fuerzas nacionalistas.

Visto con la perspectiva actual, el gobierno tripartito constituyó el mayor triunfo de pujolismo: cambiarlo todo para que nada cambie. Así, el período de la paciencia culminó con un gran éxito. La Cataluña de 2003 poco o nada tenía que ver ya con la de 1980: la construcción nacional en buena parte se había conseguido.

## Burguesía y Liceo

Desde el siglo pasado, el Liceo de Barcelona ha sido uno de los símbolos de la Cataluña burguesa. La bomba anarquista lanzada a finales de siglo y que mató —en la ficción— a Mariona Rebull fue un atentado al orden burgués. El que las niñas bien de Barcelona «entraran en sociedad» asistiendo a una ópera o a un ballet en el Liceo era un cursi pero ineluctable ritual de lo que, según tantos cronistas relamidos, se suele llamar —aunque entiéndase lo contrario— «nuestra mejor y más representativa sociedad barcelonesa».

¿Era el Liceo un teatro de ópera? Sin duda. Pero era también algo más: era el símbolo del triunfo de una burguesía que buscaba signos de identificación y reconocimiento social. La pasión barcelonesa por las óperas de Wagner, evocadoras de un mitológico pasado de la nación alemana, no puede desvincularse de la paralela búsqueda de un basamento histórico de la nación catalana que, por aquel tiempo, realizaban los arqueólogos e historiadores románticos, los poetas y recopiladores de leyendas, los juristas de la escuela histórica y los arquitectos modernistas.

Ese mundo desapareció en buena parte con la guerra civil, pero el Liceo, como símbolo, continuó. La élite barcelonesa era la misma: no en vano el franquismo fue un intento de perpetuar, inmovilizándola, la España de la Restauración mediante un estado de excepción permanente. Con el *desarrollismo* de los tecnócratas empezaron los

cambios profundos en nuestra burguesía: de los Güell y los Girona pasamos a Núñez y Samaranch, de la industria a la especulación, de la música al deporte, de la Tebaldi a la Caballé. La decadencia cultural se hizo visible. El Liceo dejó de ser el lugar de encuentro de la gente bien: ha sido sustituido por la tribuna del Barça en los grandes partidos o la del Tenis Barcelona durante el Godó.

*Reconstruïm el Liceu?* Los antiguos propietarios son incapaces de hacerlo, aunque hagan aflorar todo el dinero que tienen escondido: su momento histórico ya ha pasado. Los *nuevos ricos* están por el deporte. Veinte ilustres asociaciones de la llamada «sociedad civil» exigen, como es habitual, la subvención de los poderes públicos que tanto menosprecian. Pero al conjunto de la sociedad civil catalana sólo la representa el Parlamento de Cataluña y a la barcelonesa, el Ayuntamiento de Barcelona. Estas instituciones deben dar respuesta a esta pregunta: ¿es la ópera una opción cultural a la que debemos destinar de inmediato 10.000 millones de pesetas? La respuesta afirmativa no es evidente y, tras las primeras reacciones emotivas, se impone un debate racional.

(EP, 1994)

## Izquierda y burguesía

Creo que Julio Anguita se ha equivocado: seguramente la burguesía catalana no ha sido la peor de España. Los latifundistas andaluces o los rentistas castellanos han contribuido posiblemente todavía menos al bienestar de sus respectivas regiones. Pero, más aún que Anguita, creo que se han equivocado quienes desde Cataluña le han replicado.

En primer lugar, porque se ha reproducido un ya habitual fenómeno, muy rentable en los últimos años, de confundir la parte con el todo, en este caso Cataluña con

su burguesía. Algo practicado habitualmente por Convergència pero en lo que ya no caen —presas de un agudo y cómodo *síndrome de Estocolmo*— nuestras izquierdas oficiales.

Pero, en segundo lugar, ¿debemos estar contentos de nuestra burguesía? La imprecisión del término es evidente, pero supongo que Anguita se refería al sector tradicionalmente dirigente de la economía catalana, excluyendo, por tanto, a las clases medias propietarias y a los trabajadores asalariados. ¿Este sector económico dirigente merece el respeto de todos los nacionalistas y de la izquierda oficial? Por lo que respecta a los nacionalistas, no deja de ser incongruente su defensa de esta burguesía: que vayan a sus centros de reunión —el Club de Polo, la zona residencial de Llanvaneres o el Up and Down, por poner ejemplos clásicos— y comprueben cómo el idioma dominante es el castellano, que pasen por las salidas de los colegios privados en que educan a sus hijos y vean lo poco que se habla catalán.

En cuanto a la izquierda política, su defensa de la burguesía va contra toda lógica y pone en cuestión su propia razón de ser. Ciertamente, el mito es que nuestra burguesía es heredera de aquella otra que creó una Cataluña industrial, moderna y tolerante. Algo de cierto hay en ello, pero más cierto es que nuestra actual burguesía es también heredera de la que desvirtuó el Plan Cerdà y cerró con avaricia las manzanas del Eixample, creando una ciudad sin plazas ni jardines donde reunirse y pasear; de aquella otra más reciente que, hasta los ayuntamientos de izquierdas de 1979, especuló hasta el máximo el metro cuadrado de terreno, hacinó a los trabajadores inmigrantes en barriadas inhumanas en toda el área industrial de Barcelona; es, en fin, una burguesía despreocupada de la cultura, cuyos últimos grandes nombres han sido José Luis Núñez, Javier de la Rosa o los hermanos Lao: la que ha vendido

sus industrias a las multinacionales; que esconde su dinero al fisco, como evidencian los casos BFP, Bankpyme, Bertrán de Caralt, fraudes del IVA...

Haría bien nuestra izquierda en dirigirse a la otra Cataluña, a esa inmensa mayoría que sin invocar a la patria ni argüir que lo único que quiere es crear puestos de trabajo va calladamente, cada día, a trabajar para cobrar un salario.

(EP, 1994)

### **¿Tenemos un proyecto de país?**

La exposición *El noucentisme, un projecte de modernitat*, que se expone actualmente en Barcelona, provoca, sin quizás pretenderlo, una reflexión sobre nuestro actual modelo cultural. ¿Tienen nuestros dirigentes —es decir, nuestra clase política— un proyecto global y coherente de lo que debe ser nuestro país?

Efectivamente, Prat de la Riba en un plano político-institucional y Eugeni d'Ors en el plano cultural tenían ambos un proyecto social, político, ético y estético. Prat quería afirmar la identidad catalana buceando en el pasado medieval y normalizando la lengua propia. D'Ors quería hacer de Cataluña un país normal dentro de la cultura europea y para ello creía que había que darle una pasada por Grecia y Roma. Producto de estas dos grandes personalidades fue la obra de la Mancomunitat: el Institut, las bibliotecas, los museos, la gramática. También un espíritu: la *obra ben feta*, el ideal de una Cataluña culta, civilizada y feliz. En cierta manera, éste era también el espíritu de una determinada Europa de antes de la guerra de 1914, espíritu que se negaba a ver la realidad y que murió con ella.

Es en ese punto donde el proyecto *noucentista* fracasa; el mundo social y político, intelectual y cultural de la

posguerra ya no es un mundo feliz, sino un mundo cruelmente desgarrado y enfrentado: la Revolución rusa, la inflación alemana, la ascensión de los fascismos, el *crack* del 29. Éstos eran los nuevos términos que condicionaban el debate. El arte supo traducir bien esta profunda crisis. Un proyecto que se inspiraba en reelaborar el espíritu de Grecia y Roma quedaba totalmente fuera de lugar. La Barcelona *noucentista* está desfasada, es arcaica y al margen de su tiempo, si la comparamos con el París del cubismo y el surrealismo, la Viena del urbanismo obrero, la lógica formal y el psicoanálisis o el Berlín expresionista y prenazi. Incluso si la comparamos con Madrid, la Cataluña *noucentista* aparece como pacata y pequeña. Carner, Guerau de Liost o Riba/generación del 27, D'Ors/Ortega y Gasset, *Revista de Catalunya/Revista de Occidente*: la comparación no resiste. El brillante *Xènius* equivocó las bases ideológicas de la nueva cultura catalana y no la preparó para afrontar, desde la realidad, una situación difícil: más adelante, los hombres del *noucentisme* —a derecha e izquierda— no entenderán la República, ni la guerra, ni por qué perdieron la guerra.

El catalanismo clandestino —o casi— de los primeros años del franquismo fue todavía *noucentisme* puro hasta que los hombres clave, en los años cincuenta, tomaron las riendas intelectuales del país: Josep Pla —el cosmopolita que se inventó una determinada Cataluña hasta convertirla en realidad— y Jaume Vicens Vives —el primero que tuvo la habilidad de sortear el cerco cultural impuesto y conectar abiertamente con el exterior—. A partir de ellos, una nueva generación encabezó un sistema cultural de contenido distinto, en cierta manera un nuevo renacimiento: Fuster, Castellet y Molas, Bohigas, Estapé y Jordi Nadal, Barral y Gil de Biedma, Cirici Pellicer y los del *Dau al Set*, Sacristán y Solé Tura, Ricard Salvat y Fabià Puigserver. Habían asimilado todos ellos las formas del *noucentisme* (es decir, la

normalidad cultural), pero ninguno se reconocía en su contenido. Desde la normalidad, en lugar de mirar hacia atrás, volvieron de nuevo su mirada hacia Europa: la filosofía de la Ilustración, la escuela de los *Annales*, el existencialismo, el marxismo, Le Corbusier y Mies van der Rohe —con el GATPAC como precedente, Keynes y Schumpeter, Picasso / Dalí / Miró, Auden y Eliot, el Círculo de Viena, Lukács y la escuela de Francfort, Gramsci, Brecht y Stanislavski, las nuevas izquierdas. Ésta era la Cataluña cultural del declinar del franquismo y principios de la democracia. Del *noucentisme* habían aprendido la normalidad; a partir de ahí, renovaron totalmente el contenido.

Los representantes de esta cultura democrática y de izquierdas, mayoritaria hace 15 años, han plasmado sus ideas quizá en la Barcelona de Maragall, pero no en la Cataluña de Pujol. En ésta, es decir, en la política de la Generalitat, se ha tenido que improvisar una especie de *neonoucentisme* sin modelo definido, igualmente elitista y conservador y, por tanto, disociado de buena parte de nuestra realidad social, aunque aparentemente reequilibrado en ese aspecto por el potente foco populista que supone TV3. A su vez, los partidos de izquierda han ido abandonando la cultura progresista acumulada en los últimos años del franquismo y esta cultura tiene una influencia de muy baja intensidad en la sociedad catalana. Así pues, visto el fracaso *noucentista* y sus causas, la pregunta es: ¿estamos culturalmente preparados, con este modelo indefinido, para afrontar un futuro que, mundialmente, aparece como crítico?

(EP, 1995)

### **Si el maestro levantara la cabeza...**

La conocida frase, creo que de Hegel, «una cosa es porque lo ha llegado a ser», tiene todavía una gran vigen-

cia en la teoría del conocimiento. Desde este punto de vista, la historia de tu país, de tu cultura y civilización más próxima, es, sin duda, una fuente de conocimientos inagotable y necesaria no sólo para conocer el pasado sino para conocer el presente y el futuro. Desde sus inicios, el nacionalismo catalán ha mantenido una relación privilegiada con la historia. Ahora bien, la historia nacionalista nunca ha sido un método de conocimiento sino, simplemente, una ideología más, una deformación del pasado para justificar el presente y orientar el futuro.

El movimiento nacionalista catalán ha fabricado una serie de mitos históricos, que han sido utilizados como instrumento en la lucha política. En realidad, ello es común a todos los nacionalismos y el caso español —¡Viriato, Don Pelayo y Agustina de Aragón!— resulta paradigmático. Sin embargo, hubo un tiempo en este país en que parecíamos dispuestos a dejar de lado esta mitología histórica nacional y establecer una historia de Cataluña ceñida a los hechos comprobados, a las tesis demostradas.

Daba pie a esta esperanza el magisterio historiográfico de Jaume Vicens Vives, desgraciadamente fallecido a edad muy temprana, en 1960, cuando sólo tenía 50 años, pero que debido a unas dotes intelectuales poco comunes había escrito una obra ya muy considerable y, sobre todo, había asegurado una continuidad —o, al menos, así lo parecía— a través de una serie de discípulos que seguirían su línea de renovación histórica.

Precisamente fue Vicens quien, siendo muy joven, en 1935, sostuvo una polémica periodística en las páginas de *La Publicitat* con Rovira i Virgili, fiel representante de la historia nacionalista y romántica. Ante un trabajo de Vicens sobre el rey Ferran II —casado con Isabel la Católica y considerado por el catalanismo oficial de entonces como un rey «anticatalán»—, Rovira reprocha al joven Vicens porque muestra «una *prevenció contra el punt de mira na-*

*cional en la història»* en lugar de una «*sensibilitat catalanesca*». Todo ello debido a que Vicens, en una línea investigadora que después fue unánimemente reconocida como ejemplar, demostraba documentalmente tesis contrarias a la historia oficial.

En su contestación, Vicens le dice a Rovira: «Hoy, afortunadamente, ha quedado ya condenada esa peligrosa tendencia, propia de la disciplina historiográfica, consistente en usar las ciencias humanas para refutar algunas ideologías, aunque éstas fueran del orden más elevado». Y, además, hace un llamamiento a los futuros historiadores: «La nueva generación de historiadores no debe aceptar ninguna jerarquía, ni esconder ningún defecto, ni regatear méritos, si quiere construir la única historia de Cataluña que se puede aceptar: la que se desprende de los documentos y del estudio cuidadoso de los sucesivos períodos históricos por los que ha atravesado Cataluña».

Estas últimas semanas asistimos a una deprimente utilización de la historia de Cataluña en diversos frentes. El famoso programa de TV3 sobre Carrasco i Formiguera era una excelente muestra de recuperación de la historia, pero contenía una acusación final no muy bien fundamentada. Los hijos de algunos de los afectados, especialmente los hermanos Trías Sagnier, sin negar los hechos, intentaron —aportando datos— matizarlos. Desde la intelectualidad orgánica nacionalista no sólo no se ha atendido a lo que de razonable había en la postura de los hermanos Trías sino que, de forma intolerante, se ha deformado la misma —se ha llegado a decir que querían ocultar que hubo un franquismo catalán— y, sobre todo, en lugar de reconocer los errores —lo cual no es ninguna indignidad y, menos todavía, en la investigación histórica— se ha querido ver un móvil «anticatalán» en su conducta, llegando a comparar al filósofo Eugenio Trías con Milošević y Karadžić. También en TV3, el programa *ACR*, siglas

que significan «Actividades Contra el Régimen», está intentando relatar una Cataluña antifranquista sin comunistas ni movimiento obrero, en la cual la policía sólo reprime a los círculos nacionalistas, mientras éstos representan a las clases medias e, incluso, a la alta burguesía.

Pero el plato fuerte nos ha llegado con el anuncio del proyecto de Museo de Historia de Cataluña, que ha sido encargado por el Gobierno de la Generalitat, con un presupuesto de 4.000 millones de pesetas. Por las informaciones se trata de un museo-espectáculo, a medio camino entre Disney World y Cecil B. De Mille, que según su comisaria, pretende exhibir «los momentos más impactantes de la memoria colectiva catalana», además de que el visitante obtenga «el máximo de información de una manera fácil, lúdica y emocional». Es decir, historia no será: en todo caso, espectáculo, ideología, manipulación.

¡Ay, Dios mío! La verdad es que tras estas noticias, y en nuestro contexto, el miedo al ridículo sólo es comparable al miedo al escarnio de la historia, de la verdadera historia, el miedo a la «historia oficial», es decir, a la ideología en forma de historia, el miedo quizás no a un Karadžić o a un Milošević sino a formas más sutiles. Retrocedemos, retrocedemos en tolerancia, en convivencia, en verdad. ¿Estamos en un oasis o en un cementerio? ¿Y los discípulos de Vicens —hijos, nietos, bisnietos— dónde están? Si el maestro levantara la cabeza...

(EP, 1995)

## **El catalán, entre el ser y la libertad**

¿Tienen el mismo significado los términos *nacionalismo* y *catalanismo*? Ésta ha sido una parte, por lo menos, de una polémica reciente, todavía inacabada.

No hay duda de que el significado de las cosas depen-

de del contenido que les dé aquel que les pone el nombre. Precisamente por eso, aunque las polémicas parezcan a veces nominalistas, casi nunca lo son. Desde el punto de vista nacionalista, identificar catalanismo con nacionalismo suele tener una intención: pretender situar a los ciudadanos ante la disyuntiva de ser nacionalistas o ser anticaltanes. Esta contraposición me parece enormemente simplificadora. Ser nacionalista, en la cultura europea occidental, tiene un significado —aun admitiendo distintas corrientes— bastante preciso. Para los que no somos nacionalistas pero, por razones obvias, admitimos las diferencias existentes entre los distintos pueblos, es decir, los llamados hechos diferenciales, la distinción entre nacionalismo y catalanismo creemos que ayuda a clarificar posiciones que, por lo general, suelen aparecer muy confusas.

En efecto, el catalanismo es la creencia y el sentimiento, por parte de los ciudadanos de Cataluña, respecto de que su país se singulariza por tener unos rasgos distintos respecto a otros territorios de su entorno, rasgos que son producto de un determinado pasado histórico y que se reflejan, muy especialmente, en una lengua propia y en ciertos aspectos culturales diferenciados. Por tanto, lo que caracteriza al catalanismo es que el elemento esencial no está en el pasado, en la cultura o en la lengua, sino en la voluntad, expresada por cauces democráticos, de los actuales ciudadanos de Cataluña, de asumir elementos de este pasado, de esta cultura y de esta lengua. En consecuencia, esta lengua y esta cultura no son inmóviles ni eternas, sino cambiantes, producto de las transformaciones sociales, económicas, políticas e ideológicas de la sociedad catalana, libremente asumidas por sus ciudadanos.

No existe, por tanto, una identidad catalana eterna, sino que la identidad le viene dada por las específicas condiciones sociales de cada momento, sometidas, como es lógico, a constante transformación.

El nacionalismo, por el contrario, es una realidad

muy distinta. En primer lugar, la nación es definida desde unos parámetros ideológicos que la determinan: sea la raza, la lengua, la cultura, la religión, la geografía, el pasado común, etcétera. Es desde este punto de vista que se ha dicho, con acierto, que la nación la crean los nacionalistas. En el caso catalán, los parámetros fundamentales suelen ser la lengua, la cultura y la historia. En segundo lugar, es un dogma del nacionalismo que toda nación tiene derecho a constituir un Estado propio.

En tercer lugar, el nacionalismo es también una filosofía política y moral más globalizante que liga la manera de ser de las personas con un carácter nacional inmutable a lo largo de la historia: el pactismo, el *seny* y la *rauxa*, la moral del trabajo, el *tot o res*, serían ejemplos catalanes típicos. Estos discutibles rasgos son sublimados por la ideología nacionalista que, a partir de ahí, define lo que es catalán y lo que no lo es, sustituyendo la libre voluntad de las personas por una «manera de ser catalana» —definida por la versión nacionalista de la historia— de la que uno —«si es buen catalán»— no puede apartarse. En definitiva, el nacionalista catalán considera que tenemos derechos, fundados en nuestra historia pasada, sin los cuales no podemos ser nosotros mismos. «El problema de Cataluña es un problema de ser», suele decir, como núcleo central de su pensamiento, Jordi Pujol.

Para el catalanista, cuyas raíces ideológicas están en la Ilustración, su manera de ser sólo está determinada por su libertad individual ya que su identidad —su manera de ser— sólo la encuentra en los parámetros previamente definidos de la catalanidad. Un ejemplo para finalizar: para el nacionalista, hablar catalán es un problema de ser; para el catalanista es, simplemente, un problema de libertad.

(EP, 1995)